

Pero tan intrépido viajero, tan entendido piloto, tan bravísimo marino como lo fué Cervantes, no pudo satisfacer sus deseos de trasladarse á América.

Hay un documento interesantísimo como todos los cervantinos, descubierto hace cerca de un siglo, en que aparece un memorial suyo acompañado de informaciones documentadas con testimonios nada menos que del Sr. D. Juan de Austria y del duque de Sesá, formando una hoja de méritos y servicios de las más hermosas que puede presentar un guerrero y un empleado ó funcionario. Allí pasan rápidamente las hazañas realizadas y servicios prestados por Cervantes en Navarino y Lepanto, en la Goleta, Orán y Mostagán, en Portugal y en las Islas Terceras, incluyéndose asimismo el heroísmo de su hermano Rodrigo, más joven que él, quien después de una vida de constante batallar, halló fin glorioso en la desdichada batalla de las Dunas en 1600, ya próximo á ascender á capitán del ejército. Pero quiero hablaros expresamente de un episodio sumamente obscuro de la vida de Cervantes, que hace algunos años tuve ocasión de poner en claro: me refiero al cautiverio del mismo por los piratas berberiscos, del cual decía su primer biógrafo Mayans, que ignoraba de todo punto cómo, cuándo y de qué manera se había verificado. Por el documento que estamos examinando, por testimonio del mismo duque de Sesá y por algunos otros coetáneos, sabemos ya que el 26 de Septiembre de 1575, sin haber cumplido Cervantes veintiocho años y viniendo de Nápoles á España, donde esperaba ceñir la bandolera de alférez, fué hecho prisionero de los turcos en la galera del *Sol*, no sin pelear con su tantas veces probada bravura. Mi descubrimiento fija el lugar de este desigual combate en el puertecito de las Santas Marías, al mediodía de Francia (que es precisamente donde el gran Mistral pone el desenlace de su primoroso poema provenzal «Mireyo»), añadiendo, entre otros detalles, que allí murió á su lado el gran guerrero vitoriano D. Juan Bautista Ruiz de Vergara, caballero Sanjuanista, que en su juventud había peleado en Mulberg con Carlos V, ya maduro en Lepanto mandando la galera *San Jorge de Nápoles*, para tener fin glorioso en las procelosas aguas del golfo de Lyon.

Pero volviendo á nuestro propósito de «Cervantes y América» diremos, que en el memorial que forma parte del documento que nos ocupa, pide Cervantes al rey Felipe II «sea servido de hacerle merced (por los veintidós años de servicios que llevaba prestados á la corona) de un oficio de los tres ó cuatro que al presente están vacantes, que es el

uno a contaduría del nuevo reino de Granada, ó la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala, ó contador de las galeras de Cartagena, ó corregidor de la ciudad de la Paz.» La contestación oficial puesta al pie en la instancia dice secamente: «busque por acá en qué se le haga merced», como si quien tenía ya tal vez su Don Quijote en la cabeza y con los grandes merecimientos que se especifican en dicho documento no fuera apto para aquellos destinos, siempre inferiores á su inmensa capacidad. Pero ¡oh Cervantes! (dirigiéndose á su busto) si el bienestar que hubierais adquirido en América hubiese impedido la aparición del QUIJOTE, bendita sea vuestra pobreza, ya que con aquél habéis enriquecido al mundo.

*
*

Entrando en la segunda parte de mi conferencia, y á pesar de hallarme bastante desprovisto de erudición en lo tocante á literatura hispanoamericana, podría extenderme bastante en la demostración de que el QUIJOTE es el libro predilecto entre aquellos escritores; mas ofrécneme resuelta la solución de esta tesis un testigo de mayor excepción, el ilustre argentino D. Adolfo Saldías, quien no vacila en asegurar lo mismo que acabo de exponer, añadiendo que dicho libro lo han hecho suyo las repúblicas del habla castellana, porque encarna la democracia y la libertad, asegurando que hacia 1810 era el más popular de todos, el que más leían y releían los hombres de la revolución... ¡Extraña paradoja, en verdad, desgarrarse de la madre patria y querer llevarse á un tiempo una de nuestras mayores glorias, precisamente para convertirla en poderosa capatula contra España...! Conste de todas suertes que en América, tanto los españoles como los revolucionarios y hoy mucho más, ya que todos sus Estados son hermanos nuestros, veneran nuestro QUIJOTE, como el libro de los libros.

Si no temiera hacerme difuso, señoras y señores, yo os hablaría largamente de los trabajos cervánticos de Ticknor, Baralt, Bello, Urdaneta, Cuervo, Bradford, Armas, Marroquín, Nin y Frías, Zuleta, Cullen Bryan, Mrs. Elizabeth Portes Beach, Caro, Barros Arana, Montalvo, Icaza, etc., etc. Y aun si no temiera entristecerlos en un día de tanto júbilo como el de hoy, os contaría una anécdota terrible ocurrida el 18 de Octubre de 1739, referente á uno de los más antiguos cervantistas americanos, y os descubriría el lígubre sentido que encierran estas elocuentes palabras del Sr. Menéndez y Pelayo en sus «Heterodoxos»: *Venga á cerrar este capítulo la*